

EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 347

50 cts.



LA
LLAMA
MÁGICA

por
Vilma Banky
y
Ronald Colman

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya



KING, Henry

La llama mágica

(THE MAGIC FLAME, 1927).

Argumento de la película

Una tienda de campaña monumental. Junto a ella muchos carros. Un muchacho levanta la tela que oculta el interior de la tienda y contempla con fruición el peregrino espectáculo que se ofrece a sus avispados ojos de pilluelo. Nadie se da cuenta del espionaje del chiquillo y bien que se aprovecha el rapaz deleitándose con la espléndida visión de auténticas pantorrillas de mujeres.

¿Qué tienda era aquella?

Sencillamente: un circo ambulante: el circo Baretti.

La amplia tienda estaba rodeada de bancos, superpuestos en forma de escalera, y como las piernas colgaban de los asientos, descubiertos por la parte posterior, que era en la que estaba el pilluelo, éste se refocilaba con la morbosa voluptuosidad de examinar a sus anchas lo prohibido... prohibido sobre todo a sus años, en que el crecimiento no admite impedimentos...

En el ruedo, un forzado acróbata asombraba al numeroso público levantando pesos enormes con pasmosa facilidad. Era algo inaudito aquel ser humano, y a buen seguro que nadie se hubiese atrevido a ponerse delante de él, por temor a irritarle y a morir bajo la potencia de su puño de titán.

La labor del atleta fué premiada con calurosos aplausos, y a continuación de él apareció en la pista un gracioso clown tocado con una pluma de ave pegada a su cabeza. Apenas ante el público, éste prorrumpió en sinceras aclamaciones, encantado del trabajo del simpático augusto.

El clown, para demostrar a todos que su fuerza corría parejas con la del acróbata, hundió un brazo en la caja donde el atleta guardaba los enormes pesos y al intentar levantar el de 500 kilos cayó de cabeza dentro de la caja; pero una segunda tentativa obtuvo brillante resultado, y el público vió, admiradísimo, como el brazo del insignificante clown levantaba como una pluma más de adorno de la cabeza, el enorme peso... y como, poco después, hacía voltear las pesas sobre su cabeza, emocionando a los espectadores, que temían recibir de un momento a otro los tremendos pesos en forma de quesos de bola.

—¡A mí! ¡A mí! — gritó de pronto el clown, horrorizado.

Pedía socorro. Necesitaba que alguien se le acercase y detuviese su brazo, que no cesaba de girar, sin poder frenar, y del que, si no lo paraba, los pesos saltarían sobre el público.

Por fortuna la cosa no pasó de susto, pues las pesas que sostenía el clown no

eran más que globos de juguete, los cuales, al caer y rebotar en el público, hicieron tumbarse de espalda, presas de pánico, a dos señoras, que mostraron a sus vecinos algo más que la blancura de sus enaguas...

Después de este cómico incidente, el director del circo, colocándose en el centro de la pista, anunció a los espectadores:

—Respetable público, ahora voy a tener el gusto de presentar a la Reina del aire, la sin rival e incomparable Blanca, que ejecutará hoy un número sensacional, pasando sobre el alambre con los ojos vendados.

Una salva de aplausos acogió a la temeraria alambrista, que unía a su valentía el encanto de un cuerpo armonioso y un rostro angelical.

Vestida toda de blanco nadie podía negar que parecía una visión celestial.

Blanca ascendió ligeramente por una cuerda al descansillo de donde partía el alambre tenso, y, vendados los ojos, cruzó la maroma con maravillosa seguridad, entu-

siasmado a los partidarios de los platos fuertes.



...la temeraria alambrista, que unía a su valentía el encanto de un cuerpo armonioso y un rostro angelical.

Mientras ella actuaba, el clown de las pesas apócrifas, que la había ayudado a su-

birse a la cuerda, besándole, como siempre, al despedirla, un pie, con cómica expresión, procuraba equilibrar el optimismo y el pesimismo, tocando, con fingido instrumento, una serenata a la intrépida volatinera.

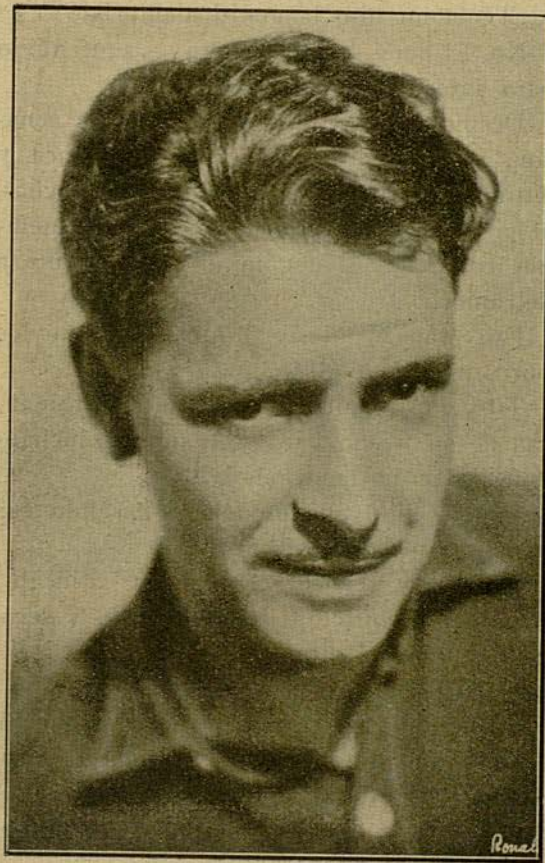
Después de Blanca siguieron otros números, y, aunque todos eran muy interesantes, el suyo no era superado en emoción por ninguno.

Después de actuar Blanca, el clown, Tito de nombre, se retiró a su cuarto, frontero con el de ella, y la llamó, silbando, mientras se limpiaba el embadurnado rostro, apareciendo bajo los afeites un simpático rostro de hombre joven y distinguido.

—Blanca... Blanquita...

Por un ventanillo, que ella abrió, y que comunicaba con el cuarto de Tito, ambos jóvenes se miraron y dijo Blanca, retirando de un hornillo una botella con leche, que puso a calentar:

—Aguarda, Tito, que aun tengo que dar el biberón al nene.



...apareciendo bajo los afeites...

¿Tenía un hijo la gentil alambrista?

No. El nene de Blanca era — ¡qué alivio para Tito! — un cachorro de tigre.

Después de la función, los artistas cenaron, y antes de ir a acostarse, Blanca y Tito conversaron, como todas las noches, al pie del carro de ella, con ternura inefable, como novios enamorados de la pureza del amor.

Eso eran los dos saltimbanquis: novios puros, novios que se adoraban...

Tito, muy junto a ella, cantaba romanzas de su lejano país, y Blanca, escuchándole, se sentía emocionada...

Luego Tito, abrazándola y besando sus labios divinos, le murmuró:

—Pronto realizaremos nuestro ideal... Pronto nos uniremos para siempre, y seremos el uno del otro.

—Sí, Tito...

—Cuando realicemos nuestro proyecto, cuando hagamos juntos el número extraordinario que hemos ideado... Entonces podré hacerte mía y formaremos nuestro ho-

gar, no sobre ruedas, sino en terreno firme, pues nos contratarán para actuar en los teatros de las mejores capitales del mundo.



—Pronto realizaremos nuestro proyecto.

Ella apoyó su linda cabecita en el pecho de él, y permanecieron de ese modo durante más de una hora, como si quisieran dormirse así para siempre, para no despertar jamás, tan dulce era su mutuo contacto...



Rumor de gentío ávido de emociones.

Griterío de chiquillos locos de contento.

De vez en vez se oyen unos estampidos que asustan a algunos de los que aguardan el acontecimiento que se está preparando en su presencia.

Esas explosiones no son otra cosa que el ruido de unos globos infantiles, que un buen hombre vende, al reventar por efecto de los certeros disparos que un travieso muchacho lanza sobre el ramillete de las pequeñas bombas con una honda cargada con piedrecitas.

Gran algarabía. El pueblo, congregado en la Plaza Mayor, donde ha sentado sus reales, en busca de la peseta, el circo, está de fiesta máxima.

En el centro de la plaza unos hombres

están alimentando un globo de gas, un precioso montgolfier, cuya panza va redondeándose por momentos, adquiriendo proporciones considerables.

De pronto Tito, vestido de paisano, preséntase ante la muchedumbre llevando de la mano a su amada Blanca, vestida con traje de función, pero sin la linda falda de volatinera, sino con un atavío oscuro que tienen toda la apariencia de un traje de baño de moda.

Inútil decir que Blanquita está hermosísima con cualquier trapito, y su aparición hace cesar el guirigay que promovían todos los espectadores.

Tito, con su gracia peculiar, anuncia:

—¡Atención! Vais a presenciar la hazaña más arriesgada de la señorita Blanca.

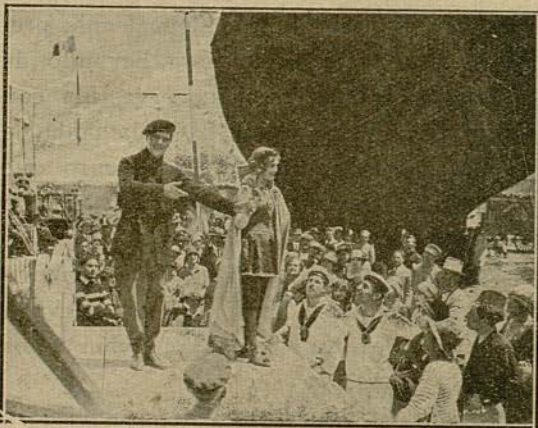
—¡Bravo! ¡Bravo!—palmotean unos muchachos.

—¡Silencio! — gritan unas voces varoniles.

—Subirá arastrada por el globo y desde dos mil metros de altura se dejará caer —

prosigue Tito mostrando a todos el orondo montgolfier.

Luego Blanca estrecha cariñosamente las



—Vais a presenciar la hazaña más arriesgada de la señorita Blanca.

manos a Tito y se aferra al trapecio que pende del imponente balón; y éste emprende airosamente la ascensión entre los vítores de las masas.

Tito sube a un carro, que él mismo conduce, y emprende rápida carrera siguiendo la dirección de la aeronave.

El globo es a poco únicamente un punto oscilante en el espacio y el público comenta la intrepidez de la capitana.

Por el camino que conduce al pueblo se desliza a gran tren un soberbio automóvil en el que se halla repantigado el conde Casatti, un hombre de perversos sentimientos, cuyo título aristocrático ostenta tan sólo gracias a la cuantiosa fortuna de sus mayores.

El conde se fija de pronto en el aerostato que se dispone a aterrizar, y ordena al chofer de su coche que lo siga, para ver quién es el piloto.

Blanca, próxima a terreno firme, se lanza en el vacío abriendo un paracaídas, y efectúa sin dificultad el descenso.

El conde, gratamente sorprendido al ver llover del cielo un ángel tan recomendable como Blanca, se apresura a apearse del coche y corre a su encuentro, llegando ante

ella en el preciso instante en que la valiente volatinera se levantaba del suelo.

—Señorita, celebro que haya usted tocado tierra sin contratiempo, y la felicito por su valor.

—Muchas gracias, señor...

—Permítame que me presente.

El conde le ofrece una tarjeta y ella se entera por ésta de su personalidad.

En tanto Tito avanza al trote del caballo de su carro hacia el campo donde ha caído Blanca.

Casatti, impresionado por la belleza de la funámbula, la hace objeto de sus galanteos.

—Es usted digna de admiración, señorita, y sería para mí, a la par que un honor, un verdadero placer el volverla a ver.

—Todos los días trabajo en el circo Baretti — responde indiferente Blanca.

—¡Ah! ¿En el circo del pueblo? ¿Y allí podré verla?

—Allí estoy, señor. Las mejores localidades sólo cuestan veinte liras.

—Iré... todos los días.

—Cuando usted quiera. El señor Baretti se lo agradecerá.

En aquel momento llegó junto a ellos el simpático Tito, para recoger a Blanca. El globo había caído más lejos y ya se encargarían los empleados del circo de ir a buscarlo.

Al ver a Blanca disponiéndose a subir al carro de Tito, el conde, extraordinariamente interesado por ella, aproximóse al vehículo y, señalándole su "auto", la invitó a subir con él, deshaciéndose en cumplidos:

—Está usted cansada. Ese humilde carro tardará mucho en llevarla. Permítame que la ofrezca mi coche.

Pero Blanca, que amaba a Tito por sobre todas las comodidades del mundo, declinó la invitación y se alejó del noble en el carruaje del clown, que para ellos era carro de la alegría.

Durante el trayecto de regreso al circo, Blanca dijo a Tito:

—¡Ah, queridito mío, qué parecido más

exacto tienes con ese hombre! Viéndole, te me has representado en la mayor opulencia; me pareció un sueño.

En efecto, Casatti y Tito parecían una misma persona, vistos por fuera, claro, puesto que interiormente distaban mucho, muchísimo, de ser gemelos.

—Yo también me sorprendí al ver a ese desconocido — comentó Tito.

—Y él se te quedó mirando un buen rato.

—Rarezas, hijita... Yo bien quisiera ser rico, para casarme en seguida contigo, pero...

—No te preocupes por la riqueza, Tito... Yo te quiero tal y cual eres.

*
**

El Hotel Savoia era el hotel de moda. En él se reunía la gente elegante, los americanos, las mujeres de vida galante, todo el mundo alegre... Por eso se hospedaba en él el conde Casatti.

El conde se cree solo en su habitación, pero detrás de una ventana un hombre le espía.

Entra un criado del hotel y entrega un sobre al conde. Este lo abre, saca de él unos papeles y dice, airado:

—¿Qué me trae usted aquí? Yo quiero la mejor localidad del circo Barette.

—Perdone el señor... Creí que me encargó un palco del Casino... Voy al momento por lo que usted desea.

Al desaparecer el criado, el hombre de

la ventana se coloca de un salto ante Casatti y amenazándole, tembloroso, con un revólver, exclama, casi llorando de rabia:

—¡Engañaste a mi hermana, pero tú morirás!

Una discreta llamada a la puerta de las habitaciones de Casatti deja en suspenso unos instantes al vengativo hermano, y el conde, aprovechando la ocasión, se apodera de su bastón de macizo puño de oro y descarga éste con furor sobre la cabeza del infeliz, derribándolo aparatosamente en tierra.

Una segunda y más apremiante llamada obliga a Casatti a tomar una determinación, y después de apagar las luces de la habitación en que ha ocurrido la agresión, cierra la puerta de la misma y se dirige a la pieza inmediata, y abre, con tranquilidad, la puerta del pasillo.

Una hermosa mujer, lujosamente ataviada y alhajada ricamente, penetra en el piso del conde y, cerrada de nuevo la puerta, se abraza amorosamente a él, pero Casatti la

recibe fríamente, besándola casi a la fuerza, lo que le vale amargas recriminaciones de ella.



—¡Engañaste a mi hermana, pero tú morirás!

—¿Ya no me quieres? ¿Qué te pasa?

—Nada... Me molesta tu asiduidad. Te había rogado que no volvieres...

—¿Ya me abandonas? ¿Qué tienes?

—No sé, mujer... Pero hubiese preferido...

—Por miedo no será, supongo... Mi marido cree que estoy en la Opera.

Una inesperada llamada a la puerta del piso enmudeció a la mujer y alarmó a Casatti.

Los dos se miraron fijamente y, presintiendo algo fatal, la mujer buscó donde esconderse. Trató de entrar en la otra habitación, donde había sido golpeado el hermano de la doncella seducida por Casatti, pero éste la detuvo, temeroso de que ella llegase a descubrirle.

—No entres ahí... Espera...

Pero las llamadas se repitieron y era fuerza esconderse; y ante la oposición del conde a que lo hiciera en la habitación inmediata, la mujer se ocultó en un rincón, junto a la puerta de aquélla, y detrás de un cortinaje.

El conde fué a abrir y en su escondite la mujer ahogó un grito de terror.

¡Era su marido!

¿Cómo la había seguido hasta allí sin que ella se diese cuenta de su persecución?

Casatti fingió no inmutarle aquella inesperada visita e invitó a explicar el motivo de ella al esposo de su amante.

—Caballero, aquí ha entrado una persona que lleva mi nombre, y deseo que usted me la presente.

—Ignoro a quién se refiere usted, señor, y puedo asegurarle que estoy solo y que no he visto a nadie.

—Me consta lo que digo, y lamentaría...

—Insisto en repetirle que se equivoca usted, señor...

Pero el marido ultrajado vió encima de una silla la capa de su esposa y en sus ojos se reflejó la ira más profunda.

—¡Es inútil que mienta!

Descubierta, la culpable empujó instintivamente la puerta de la habitación inmediata y se ocultó en sus densas sombras, con la esperanza de que su marido no la iría a buscar allí, proporcionándole, con su marcha sin verla personalmente, un medio

de negar que era ella la mujer que se hallaba con el conde, pues bien podía haber dos mujeres que usasen la misma capa.

Pero el esposo ofendido, tras entregar su tarjeta de desafío al conde, entró resueltamente en la trágica habitación, y cuando era inminente el descubrimiento de la adúltera, sonó un disparo y el hombre que quería defender su honor cayó en tierra certamente alcanzado por la bala traidora del infame Casatti.

La esposa ahogó su terror, mirando con ojos desorbitados al burlado marido, y antes de que ella pudiese pronunciar la menor palabra el conde hizo funcionar el aparato telefónico interior y habló con la administración del hotel.

—Haga el favor, señor gerente, de personarse en mi habitación con la policía. Ha ocurrido algo grave.

La culpable contemplaba horrorizada a Casatti.

—Pero ¿qué va a ser de nosotros? — pudo decir.

—No hables nada. Yo saldré del compromiso... — exigió él de modo terminante.

Los dos gerentes del hotel y varios policías se personaron en el piso del conde, y éste, con inaudito aplomo, declaró, señalando a la esposa adúltera y a su marido bañado en sangre sobre un tapiz:

—Estos señores vinieron a cenar conmigo, pero un ladrón entró por la ventana y disparó sobre nosotros al verse sorprendido. Yo, entonces, en defensa mía y de mis invitados, caí sobre él y lo apaleé.

—¿Dónde cayó el criminal? — preguntó un policía.

Casatti dirigió su vista hacia donde derribara al hermano que ardía en deseos de vengar a su engañada hermana, y la adúltera, que no había visto aún aquella primera víctima, tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para que no la vendiese su terror.

La policía examinó a los dos hombres caídos y el jefe declaró:

—Por desgracia están muertos.

Casatti respiró libremente. Celebraba el

traspaso de los dos enemigos, pues así nada tenía que temer; y dijo a los agentes de la autoridad, fingiendo consolar a la esposa infiel:

—Supongo que esta señora se podrá marchar; su dolor es digno de respeto. En cuanto a mí, el señor director del hotel me garantizará.

Los policías y los gerentes del hotel cambiaron algunas miradas, y sorprendida su buena fe por la aparente sinceridad del conde le dejaron partir sin dificultad, llevando del brazo a la “désconsolada viuda”.

*
**

Henos otra vez en el circo.

Blanca se halla, terminando de vestirse, en su cuarto, cuando recibe un ramo de flores.

¿Quién se lo manda?, pregúntase extrañada.

Entre las flores halla una tarjeta y por ésta comprueba que es un obsequio del conde Casatti.

¡Cómo pierde el tiempo el noble si cree que logrará conquistarla, considerándola una mujer fácil!

En la pista actúan notables acróbatas y, a continuación, una arriesgada amazona.

El conde se halla entre los espectadores que ocupan las mejores localidades, y deseoso de volver a ver a Blanca, no espera pacientemente su aparición y se dirige—

acostumbrado a hacer cuanto se le antoja— hacia el camarín de ella, del que acaba de salir el traspunte, después de haberla avisado que estuviese preparada para su número.

La presencia en su cuarto de artista del conde disgusta a Blanca, que no se lo disimula, diciéndole secamente:

—Le agradezco sus flores... pero le ruego no vuelva a enviármelas.

—Morirían de pena las flores si después de conocerla no vuelven a adornar su habitación...

Avisada de nuevo por el traspunte Blanca sale de su cuarto y se presenta en la pista, siendo calurosamente saludada por sus muchos admiradores.

Tito, que ha visto a Casatti disponiéndose a regalar a su amada un brazalete de brillantes, se detiene ante él y, aprovechándose de su grotesca vestidura, burlase de su fracaso con la volatinera, que no ha querido saber nada de su persona ni de sus riquezas.

Blanca ejecuta su arriesgado trabajo de todas las noches, secundada, cómicamente, en apariencia, por el clown, su buen Tito, que le ha besado los pies antes de que ella se remonte a la altura del alambre, como si sus besos fuesen la mascota que la resguardaban de todo peligro.

Después de su primer número, Blanca apresúrase a desaparecer de la pista para prepararse para el segundo, y, de nuevo, Casatti, que se halla en el escenario, la detiene; pero ella se libra de él diciéndole con cierto enojo:

—No puedo perder tiempo en hablar. Tengo que vestirme para mi segunda actuación.

Tito, celoso como buen enamorado, dirige desde lejos furibundas miradas al conde al ver su insistencia en galantear a Blanca y se encierra malhumorado en su cuarto para prepararse para su número de gran risa con otros clowns.

Casatti, terco en sus propósitos, entra de nuevo en el camarín de Blanca y, a pesar

de que ésta le suplica que se vaya y que la deje en paz de una vez para siempre, no se mueve de allí y le ofrece sin rodeos el valioso brazalete de brillantes que ha adquirido para ella.

—Haga el favor de no molestarme más— replica Blanca, no reprimiendo ya su indignación.

Uno de los augustos que actúan con Tito ve a Casatti con Blanca y el empeño de aquél en hacerle aceptar la pulsera, y no vacila en ir a avisar a Tito.

El traspunte requiere la presencia de Blanca en el escenario, para su segundo número, y simultáneamente el director del circo anuncia al público al clown Tito, en su hilarante número: "Tito toma la alternativa con un terrible Miura".

Tito sale de su cuarto, y al cruzarse con Casatti no puede contenerse y le arroja en pleno rostro las flores regaladas a Blanca, y exclama, cegado por la cólera:

—¡Es usted odioso! ¡Guárdese sus rega-



—Haga el favor de no molestarme más.

los para las que quieran pagarle como desea!

Casatti, doliéndose de sus maltratadas mejillas, se sulfura y se apresta a repeler la agresión, pero, mirando detenidamente al payaso, prorrumpe en carcajadas, burlándose de él, que va montado en un caballo de cartón, es decir, que sostiene el vientre de un caballo, hundido su cuerpo en el centro del animal de cartón, por lo que el tal cuadrúpedo, que es bípedo y que en lugar de patas tiene como base los pies de Tito, puede girar alrededor de la cintura del clown.

Y gracias a ello Casatti y Tito no llegaron a las manos de un modo definitivo...

*
**

Los saltimbanquis están ensayando.

Blanca recibe durante el ensayo de aquella tarde una carta.

La abre y al buscar la firma ve, con placer, que no es de Casatti, el impertinente noble que no ha comprendido todavía que ella no quiere saber nada de él.

La carta es, al contrario, portadora de una buena noticia, y dice así:

"Señorita:

Como agente del Sindicato de Artistas Internacionales de Circo, desearía que hablásemos del posible contrato de usted para Norte América.

Si ello le interesa, le ruego acuda al Hotel Savoia, cuarto número 136, de cinco a seis de la tarde, pues mañana embarco para mi país.

Juan W. Allin,"

—¡Oh, qué suerte! — exclama llena de felicidad. Y busca a Tito, a quien, reuniéndosele, le entrega la carta.

Tito la lee y, sin saber por qué, se muestra reservado.

—¡Es América, mi Tito! ¿No sabes que puede ser nuestra redención? ¿Por qué no te alegras? — pregúntale Blanca.

—Es mi carácter... Estaba pensando en lo felices que somos ahora con nuestra pobreza y nuestro gran amor, y en si éste cambiaría al cambiar también aquélla. Pero no, no tengo derecho a entristecerte cuando con tanta razón tan contenta estás.

—¡Claro que no, Tito! La gloria a que yo aspiro es nuestro amor.

—Sí, sí, Blanca, y no debemos cruzarnos de brazos cuando se abren las puertas de la prosperidad. Ve a ver a ese agente en seguida. De buena gana te acompañaría, pero tengo que ensayar...

—Iré sola, y pronto terminaré, a fin de llegar a tiempo para la función de la noche.

—No te retrases. Ya sabes que Baretto

exige que todos los artistas se hallen en el circo a la hora del comienzo de la función, aunque no tengan que actuar hasta el final.

—No temas. Seré puntual. Al fin y al cabo no creo que ese señor tenga que contarme ninguna historia. Supongo que para proponerme un contrato me habrá visto trabajar, y el aceptar sus condiciones es cuestión de un sí o un no rápidos.

—Naturalmente. No te entretengas, y adiós.

*
**

En el Hotel Savoia.

Un groom acompaña a Blanca al cuarto número 136.

El empleado llama a la puerta de dicho cuarto y éste se abre seguidamente. sin que se vea a quien la ha abierto, que es Casatti, el cual, antes de que Blanca, que ha entrado en la habitación, haya podido volverse para ver si hay alguien detrás de la puerta, entrega al groom una carta y una buena propina, indicándole con una seña que curse en seguida aquélla.

Hecho eso cierra la puerta y es entonces cuando Blanca se da cuenta de que se halla en las habitaciones del conde. ¡Qué raro!

—¿Es usted?... Entonces el Agente artístico... — dice, inquieta, Blanca.

—Sólo así podía conseguir que usted viniera — responde cínicamente el perverso

so sujeto.

Blanca, angustiada, dirígese hacia la ventana del cuarto, la abre, como para hacerse ver por alguien, pero comprueba con espanto que por allí no hay salvación posible, pues esa abertura da a unos acantilados a cuyos pies las aguas del mar, al destrozarse, lanzan gruñidos de fiera vencida.

Inútil, pues, gritar, pues el continuo rumor del mar dominaría sus gritos. Imposible huir por allí, porque aquella ventana parecía las mismas fauces de la muerte.

¿Qué hacer?

Casatti acércase a ella y le murmura, decidido a convencerla:

—¡Qué pena que una belleza como usted se agote en una barraca de feria! ¿Consiente en cenar aquí?... Yo le aseguro que...

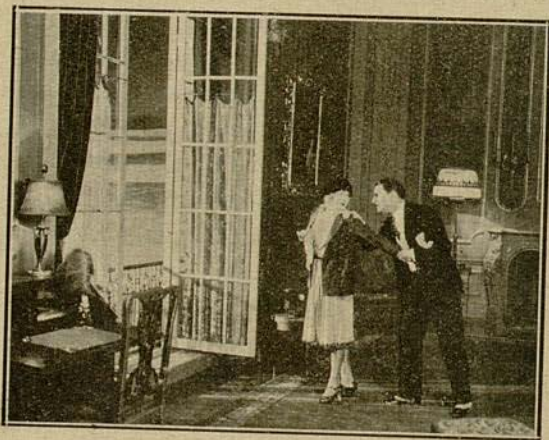
—¡Déjeme! ¡Quiero salir de aquí inmediatamente!

Pero la puerta del cuarto está cerrada y el miserable guarda la llave.

—¡Abra esa puerta!

Las notas estridentes de las trompetas

del circo, anunciadoras del principio de la función, llegan hasta Blanca, exasperándola más en su impotencia.



—¡Déjeme! ¡Quiero salir de aquí inmediatamente!

—¡Abra esa puerta!

—Sea usted razonable, Blanca. No pase pena por ellos. Pensando que usted aceptaría escribí a Baretto diciendo que usted no

podría tomar parte en la función de esta noche.

—¡Oh! ¿Ha sido usted capaz de hacer eso?

Casatti no había mentido. La carta enviada a Baretto y que éste recibía en aquellos momentos, decía lo siguiente:

“La señorita Blanca le ruega la disculpe de trabajar esta noche porque ha aceptado una cena conmigo... Por mi parte, por si esto le perjudica, le envío una suma que creo le compensará de la pérdida...”

Casatti.”

Baretto, lejos de consolarse con el dinero enviado por el villano, desató su furor censurando la conducta de Blanca, creyendo, a pesar suyo, que ésta había aceptado de buen grado la invitación de Casatti; y como Tito le sorprendió en su indignación, entregó a éste la carta.

—¡Eso es falso! — dijo Tito—. Blanca ha sido atraída por ese canalla bajo un nombre apócrifo, haciéndose pasar por Agente

artístico. Pero yo voy a arreglarle las cuentas. Recuerdo perfectamente que el número del cuarto del Hotel Savoia donde el tal pseudo Agente la citaba, era el 136. Si, como creo, este es el número de la habitación de ese conde, yo le aseguro a usted, Baretti, que sabrá cómo me llamo.

Lo más rápidamente que pudo, anheloso de castigar a Casatti y librar a Blanca de sus garras, sufriendo horriblemente al pensar que podía ocurrirle algo malo a la amada, Tito encaminóse al hotel, y al llegar suplicó a la administración que le permitiesen subir al cuarto número 136.

—Espere un momento, joven. Voy a telefonar si el señor conde puede recibirle ahora.

Tito vió confirmadas con esas palabras su sospecha de la coartada de Casatti y esperó la respuesta, que el gerente no obtuvo, a pesar de sus repetidas llamadas.

—¿No contestan? — preguntó, intranquilo, Tito,

—No responde nadie. Y es muy raro, pues no he visto salir al señor conde.

Y para comprobar la ausencia de Casatti el gerente ordenó a un empleado que acompañase a Tito al cuarto 136 y llamasen para ver si abrían, pues podía admitirse que el teléfono funcionaba mal.

Esto último era lo cierto: el teléfono no funcionaba, pues Casatti había desconectado los hilos porque Blanca trataba de telefonar a la administración pidiendo su intervención para obligar al conde a dejarla salir sin trabas.

Y Blanca, viendo cerrados todos los medios de salvación, se creyó irremediablemente perdida en poder de aquel truhán, cuando al asomarse de nuevo a la ventana una idea luminosa atravesó por su mente.

¡Si, se salvaría! Su desesperación le sugería un medio arriesgado, pero seguro, de huir.

Y sin vacilar, por su honra, lanzóse desde la ventana al vacío, en dirección a la rama de un árbol de notable altura, y al-

canzando aquélla felizmente, fué saltando de rama en rama hasta poner pie en el jardín del hotel, cercano al mar.

Casatti lanzó una maldición al ver escapar de tan insólito modo su presa, pero no se desanimó por completo: buscaría otro procedimiento más seguro para vencer a la valerosa muchacha.

Tito y su acompañante llegaron a la puerta del cuarto de Casatti en el preciso instante en que Blanca huía de él; y las llamadas del empleado del hotel apartaron de la ventana al conde, que fué a abrir, extrañándole una visita a aquella hora.

Al verle, Tito, adelantándose al empleado, que optó por retirarse, convencido de que lo que ocurría era que el teléfono no funcionaba, entró en el cuarto y soltó al conde esta pregunta de un modo hostil:

—¿Dónde está Blanca?

—¿Blanca? ¡Ah! Ahora le reconozco. Usted es el payaso que trabaja con ella, ¿no es verdad? Vamos, hombre... ¿Por qué no

viene usted de torero?... Estaría más en su papel.

—Pregunto por Blanca y ¡vive Dios! le arrancaré la respuesta.

Nervioso, Tito buscó por la habitación, y no encontrando ni rastro de Blanca amenazó con la mirada a Casatti, dispuesto a que hablase sin faltar a la verdad.

El conde habíase armado con el bastón del puño macizo de oro, y levantándolo sobre la cabeza de Tito, dijo con odio:

—¡Así trato yo a los entrometidos y a los lacayos!

E iba a descargar el puño terriblemente sobre Tito, pero éste, deteniendo a tiempo la mano homicida, se libró del golpe funesto que, al parecer, era la especialidad del miserable noble.

Al detener el bastón, éste se separó del puño, pues era un bastón estoque, y el conde quedóse con el puño de oro y la hoja de acero y Tito con la funda de ésta solamente.

Las armas, para una lucha entre rivales,

eran desiguales, pero así y todo Tito no se dió por vencido e hizo frente con fiereza de león al malvado sujeto, teniéndolo a raya.

Entretanto, en el circo, Blanca, llegada a tiempo para su número, preguntó a todos por Tito.

—¿Y Tito? ¿No le habéis visto?

Baretti, que recibió un alegrón al ver a Blanca, la explicó lo ocurrido.

—...Y cuando se hubo enterado de la carta que ese sinvergüenza me mandó, Tito fué a buscarte, pero aun no ha vuelto.

—¡Oh! ¿Qué habrá pasado, Dios mío? Si los dos se han visto temo que haya ocurrido algo grave. ¡Oh! Yo quiero ir a buscar a Tito.

—No te pongas así, Blanca. No temas. Prepárate para tu número y contentemos al público, que no dejará de quejarse por la ausencia de Tito. Luego, si no ha regresado todavía, resolveremos lo que se ha de hacer. Pero no temas. Además, si Tito da

una lección a ese granuja, bien merecida la tiene.

—Pero ese hombre...

—¡Bah! Tito sabe dónde tiene la mano derecha; y es fuerte.

Blanca se dejó convencer, y salió a ejecutar su número. Fué milagro que no le ocurriera ningún percance, pues estaba excitadísima.

Tito y el conde seguían luchando. Casatti lanzó su estoque con ferocidad contra Tito, pero la hoja clavóse, afortunadamente, por haber logrado el clown desviar el golpe, en la pared.

Desarmado el conde, el clown se entregó con todas sus energías al cuerpo a cuerpo y venció a Casatti, y no lo hubiera soltado si éste, con voz lastimosa, no le dijese:

—¡Piedad, piedad! ¡Me va usted a romper una pierna!

Tito le soltó y le ayudó a incorporarse, pareciéndole suficiente la lección al miserable; mas éste, al levantarse y tener a su alcance al noble rival, que estaba distraído,

le dió un formidable puñetazo en el rostro, que le hizo tambalear, obligándole, para no caerse, a apoyarse en una de las hojas de cristales de la ventana, algunos de cuyos vidrios se rompieron.

Tito estuvo a punto de perder el conocimiento, pero, por suerte, pudo reaccionar a tiempo de evitar un segundo golpe, y, al corresponder, en un esfuerzo sobrehumano, a la agresión, dió tal golpe al traidor, que éste, casi levantado por el castigo, fué a chocar contra el balcón que daba al mar, y, perdiendo el equilibrio, su cuerpo saltó por encima de la barandilla y fué a estrellarse contra las escarpadas rocas.

Todo fué cosa de un instante.

Horrorizado al comprobar el trágico final de aquella lucha, Tito cubrióse el rostro, no ocultándosele la grave responsabilidad en que había incurrido, a pesar de obrar en legítima hefensa.

De pronto, sobreponiéndose, en su espíritu, a la visión de horror la de Blanca trabajando, Tito se dispuso a abandonar el

hotel; pero al abrir la puerta vió en el pasillo a alguien que se acercaba, y se ocultó de nuevo en el cuarto.

A poco llamaban a la puerta de la habitación.

Tito tembló de pies a cabeza y guardó silencio, procurando incluso retener la respiración.

Llamaron tres o cuatro veces más y, en vista de que no abrían, el que llamaba, que era uno de los criados de aquel piso del hotel, giró el pomo de la puerta y se asomó al interior.

Tito, que estaba junto a la puerta, fué visto, y procurando aparecer sereno miró al criado como preguntándole qué quería para el conde y como si obrase por cuenta de éste.

¡Y cuál no sería su asombro al ver que el fámulo lo confundía con el propio conde Casatti!

—Perdón, señor conde... Creí que había usted salido... Aquí está su traje y su camisa.

Tito cogió dichas prendas como un autó-
mata y cerró tras el criado la puerta del
cuarto, sudando de angustia.

¿Era posible que su parecido con el con-
de fuese tan notable que pudiesen tomarlo
por él sin dificultad?

El no estaba muy seguro de ello, pero
como era preciso huir del hotel a toda cos-
ta, no titubeó en ponerse las ropas del au-
téntico conde, que debía haber muerto al
chocar contra las rocas de aquel abismo in-
franqueable, y salió del cuarto, no sin to-
mar precauciones.

En aquellos momentos, dos caballeros ha-
blaban con el gerente del hotel en la ad-
ministración.

Se ocupaban del conde Casatti, y decía
el gerente a los dos caballeros:

—Todos los días hace sacar entrada para
el Circo.

—Debe haber alguna artista por medio,
¿verdad? — dijo uno de los caballeros.

—Sin duda...

Aquí se interrumpieron, pues el gerente

vió aparecer a Tito por la escalera y avisó
a los caballeros que se interesaban por él.

—¡Cuidado, silencio! Ahí baja el señor
conde.

“Ipsa facto” los dos desconocidos fueron
al encuentro de Tito, seguidos de dos guar-
dias, y el simpático clown se creyó descu-
bierto e hizo ademán de retroceder; pero
el más viejo de los dos caballeros le dijo,
deteniéndole:

—¿Nos permite un momento? Tenemos
que decirle algo de interés.

Era peor resistirse, pensó Tito, y siguió
a los dos hombres a un saloncito, donde
prosiguió el caballero de más edad:

—Señor Wilfred, venimos comisionados pa-
ra hacer volver a usted a su patria. Su pa-
dre ha muerto, y si usted no vuelve ahora
con nosotros a nuestro país, será declarado
desertor, y por lo tanto, se verá imposibili-
tado de ir para hacerse cargo de su he-
rencia.

Tranquilizado ante aquellas palabras,
pues ellas demostraban que no se le acu-

saba del crimen cometido involuntariamente, Tito, sin poderlo remediar, contestó:

—Se engañan ustedes... Yo no soy el que ustedes buscan...

—Durante cinco años se ha negado usted a volver a su país... pero ahora se trata de cumplir la última voluntad de su padre... tenemos que partir inmediatamente.

—Pero, señores, yo tengo que ir al Circo... debo despedirme... Allí está la mujer que amo... — dijo Tito, cada vez más desconcertado.

—Con una excusa igual se nos burló usted, señor Wilfred, en París. Entonces fué el Folies Bergère... ahora es un circo... Vamos, sea usted razonable...

El pensar en los dos policías, puestos de guardia en la antesala, era lo que atormentaba a Tito, que ya se veía esposado camino de la cárcel.

No había más remedio que fingir, al menos de momento; pero antes de partir quiso escribir a Blanca, y se lo consintieron.

Y Tito escribió esta carta:

“Mi Blanca:

No sé lo que me pasa. Algo horrible que me obliga a huir. Si digo la verdad, seré acusado de asesinato. No tengas miedo ni te aflijas, que pronto tendrás noticias de tu Tito.”

¿Quién se encargaría de cursar esa carta?

El más joven de los dos caballeros recibió ese encargo del más viejo, pero, siguiendo al pie de la letra un severo plan de conducta marcado por el que los enviaba a la busca y “captura” del heredero del potentado Wilfred, rompió esa carta y fingió haberla mandado a su destino sin pérdida de momento.

Luego el mismo caballero dijo al agente del hotel:

—Haga que expidan inmediatamente el equipaje del señor Wilfred.

Poco después Tito partía del hotel y en el preciso instante en que lo hacía, entraban en el mismo Blanca y Baretta, que se preguntaban con mortal ansiedad qué había podido sucederle a Tito.

El gerente los recibió afablemente.

—¿Qué desean?

—Un joven que vino hace una hora a ver al conde Casatti, ¿está aún arriba?

—El conde Casatti es ahora el señor Wilfred, el conocido dueño de los pozos de petróleo, y acaba de marchar con dos servidores para su lejano país.

—Pero ¿y el joven en cuestión?

—Es verdad. Me acuerdo perfectamente de haberle visto. Es más, yo le hice acompañar por un empleado... Sí, un hombre subió al cuarto del conde... Decía que venía en busca de una joven, pero yo no lo he visto bajar.

—Es muy raro, señor — dijo Blanca temblándole la voz.

—Podemos ir a ver si está aún arriba.

Subieron los tres, y, horrorizados, dedujeron, por el desorden en que encontraron las habitaciones y el hallazgo del estoque del conde, clavado en la pared, que había habido una enconada lucha.

Y para colmo de desesperación de Blan-

ca, la rotura de varios cristales del balcón que daba al acantilado y el descubrimiento de la gorra de Tito en el suelo, demostraron de modo irrefutable que el clown había sido arrojado durante la lucha por el balcón al abismo sin fondo...

—¡Oh, justicia, justicia! — clamaba Blanca, enloquecida de dolor.

Pero, ante la vaguedad de los hechos, a pesar de tantos detalles que parecían demostrarlos claramente, nadie se atrevió a formular una denuncia concreta contra el conde Casatti, que no era otro que Tito.

Sin embargo, Blanca se juró, en tan solemnes momentos, tomar venganza del asesino por su propia mano, aunque ello le costase la vida.



Tito llegó al país del malvado conde Casatti y todos le tomaron por el hijo del poderoso señor Wilfred, el rey del petróleo.

El administrador de los cuantiosos bienes del difunto petrolero era un hombre ambicioso que deseaba sobornar al heredero para quedarse con todo. Por eso lo había hecho buscar con tanto empeño, y si no lograba desinteresarlo de las cuentas, no muy claras, del importantísimo negocio, sería muy capaz de llegar a los grandes extremos.

De buenas a primeras mostróse con Tito un humilde servidor; él fué quien logró rehabilitarlo en el ejército, cuya carrera cursara, consiguiendo que se le perdonasen las faltas contra la disciplina cometidas anteriormente, y procuró, contrariando sus ver-

daderos sentimientos, complacerle en todo.

Fueron pasando los días y Tito recordaba con melancolía a su amada Blanca, que debía estar sufriendo por su prolongada ausencia.

El nuevo ambiente en que vivía le era extraordinariamente insoportable, pues él, acostumbrado a trabajar activamente, no podía resignarse a la molicie en que transcurría todas las horas del día.

Cierto día fué a visitarle, creyéndole el auténtico conde Casatti, la esposa adúltera cuyo marido fué muerto por él en el fatídico cuarto número 136 del Hotel Savoia.

Tito no conocía a esa mujer, y, por muy seductora que fuese, no le hizo el menor caso y ella, disgustada, estuvo a punto de comprometerle declarando que, como él se lo afirmaba, no era el conde Casatti, sino un aventurero. Pero como al fin y al cabo también ella se hubiese comprometido hablando de la tragedia, optó por callarse y renunciar al amor del inconstante adorador.

El administrador y Tito no congeniaban,

por cuya razón aquél odiaba a muerte al clown; y he aquí que un día estuvo a punto de recibir la mayor alegría de su vida, pues una mujer atentó, en el jardín de la mansión del rey del petróleo, contra la vida de Tito, pero un servidor llegó a tiempo de evitar que la exaltada disparase el arma que llevaba oculta entre unas flores.

¡Qué lástima que aquella providencial vengadora no hubiese podido realizar su intento!

Tito quiso saber quién era la mujer que tanto le odiaba sin motivo por su parte, y su asombro no conoció límite al ver en un retrato a Blanca, su amada novia.

¿Qué significaba aquello? Por más que intentaba explicárselo, no lo comprendía.

¿Es que no había recibido Blanca su carta?

¿Le creía acaso el verdadero conde Casatti?

Para aclarar aquel misterio manifestó a su administrador el vehemente deseo de entrevistarse con la detenida; y gracias a

su influencia el administrador consiguió tal cosa, preparando la entrevista en la misma casa de Tito.

Pero antes, el administrador habló con Blanca, y comprendiendo que el odio de ésta hacia el conde Casatti era sanguinario, halló en ella la solución de su problema. ¡Ella, Blanca, sería el instrumento de que él se valdría para hacer desaparecer a Tito y apoderarse de todo su dinero!

El mismo fué quien armó a Blanca momentos antes de la entrevista y quien la hizo procurar magníficos vestidos para que al presentarse bellísima ante Tito éste la retuviese a su lado más tiempo, dándole a ella el necesario para consumir su plan.

Después, él la dejaría huir y le entregaría una crecida suma.

—¡Oh, el momento de mi venganza ha llegado! — exclamó Blanca, divina con su atavío digno de una reina.

Y se dirigió resueltamente al encuentro, de Tito, a cuyo salón fué acompañada por el administrador.

En el agitado seno escondió la infeliz el estilete justiciero.



—¡Oh, el momento de mi venganza ha llegado!

Tito la observaba con angustia. ¿Por qué iba ataviada de aquella suerte su modesta novia? ¿Qué significaba aquel lujo deslumbrador?

Ella, acercándose con coquetería, le dijo:

—Aquí estoy por fin, Wildred. Soy tuya. Tito retrocedió.

—Perdóname mi desvío anterior. Mi escapada del hotel... No sabía entonces lo que te quería.

Tito lloraba, y, de pronto, Blanca, mirándose a los ojos de él, vió en ellos algo que no mentía, algo sublime, la llama mágica, el amor puro de su Tito, y ahogó un grito.

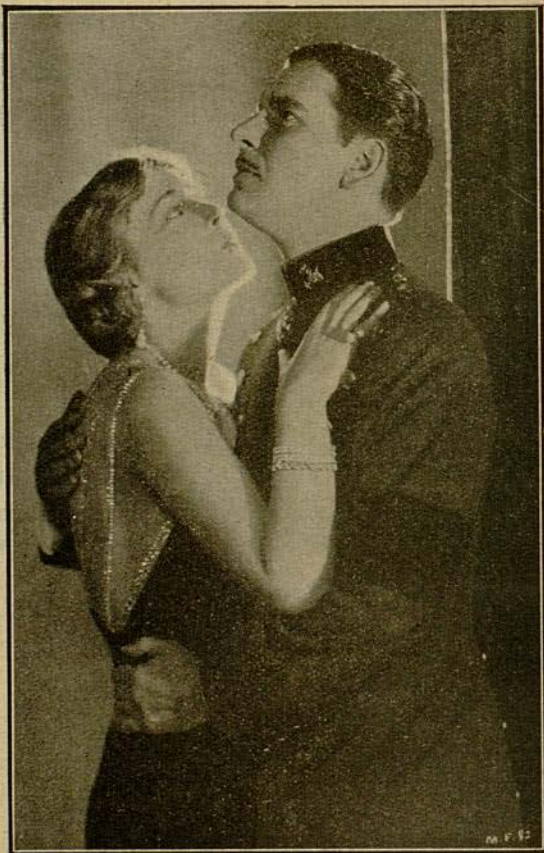
—¡Oh, tú no eres Casatti!

El la rechazó con dolor y la insultó creyéndola culpable:

—¡Sí, infame, sí, soy Tito! ¡Cuánto has tardado en saber que querías a Casatti, pero ya, convencida y voluntariamente, venías a entregarte! ¡Cuánto mentías al jurarme amor! ¡Qué vil comedia representabas! ¡Mil veces prefiero la muerte a este desengaño!

Blanca, de hinojos ante Tito, gimió:

—Escúchame... te creí muerto por Casatti, y quería vengarte. Por eso todo eran pretextos para acercarme a él y cumplir mi venganza.



Tito lloraba, y, de pronto...

—Pero ¿y mi carta? ¿No te decía en ella que huía porque le había matado?

—¿Tu carta? Yo no la recibí... ¡Pero huyamos, Tito! Creyéndote Casatti, te he vendido. Cuando el administrador, ese viejo traidor, vea que no te maté, él lo hará.

En efecto, Tito se dispuso a huir, pero el administrador le cerró el paso, revólver en mano.

Tito, tranquilamente, le dijo:

—Ahora me creará, porque le conviene. Soy Tito, el clown, y me voy.

—¿Qué dice usted? ¿Me cree un necio?

—No perdamos tiempo, amigo. Yo maté al conde Casatti, ese mal bicho cuya suplantación me era doblemente odiosa por ser suya, en el Hotel Savoia, cuando luchábamos precisamente por la mujer que quería matarme tomándome por él.

—¡Ah! Entonces, le detengo por asesino del señor Wilfred.

—Bromas, no, amigo. En ese caso... soy el señor Wilfred y demuestre usted que no lo soy.

Desarmado el viejo avaro no se preocupó ya más que de una cosa.

—¿Y su herencia?

—Ya se encargará usted de escamotearla. Se la regalo.

Y Blanca y Tito partieron hacia la felicidad.

Y se casaron y su luna de miel conoció el aplauso cariñoso del público en el circo Baretta, en cuyas filas volvieron a ingresar, reapareciendo trabajando juntos, su sueño dorado, sobre el alambre y en el trapecio, ejecutando arriesgados ejercicios.

F I N